

El mito de China

ALFREDO ROMERO CASTILLA.

La historia de las relaciones entre China y México, se remontan a los siglos XVI y XVII, época, en que los navegantes españoles tuvieron las primeras nociones sobre este país. Los contactos oficiales son más recientes, ya que el establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países se efectuó en 1899, cuando en China todavía gobernaba la dinastía Manchú y en México ocupaba el poder Porfirio Díaz. Con la entrada del presente siglo acontecieron dos movimientos revolucionarios en estos países que efectuaron cambios en las sociedades china y mexicana, los cuales se hicieron más radicales después de la Segunda Guerra Mundial al constituirse China en un Estado socialista. Este hecho determinó que por espacio de veinte años, los contactos entre China y México se hayan roto, habiéndose reanudado a principios de 1972.

La visita que el presidente de México acaba de realizar a la República Popular China representa el paso más significativo del acercamiento de nuestro país con un pueblo y un gobierno que había sido ignorado por más de dos décadas y ofrece la oportunidad de poder conocer a China a través de una óptica distinta a la que durante todo este tiempo fue impuesta por los *China watchers* y otras fuentes de información que deliberadamente deformaron la realidad de China, haciendo del país y sus experiencias en la construcción del socialismo uno de los grandes mitos de los últimos tiempos.

La imagen de China que tuvimos ocasión de ver en México con motivo de la visita presidencial siguió en cierto sentido algunos de estos patrones distorsionados establecidos con anterioridad, y lejos de presentarnos con mayores detalles la situación de la China actual, hubo una marcada tendencia a subrayar los objetivos económicos del viaje y las grandes ventajas que tendría para nuestro país el intercambio comercial con lo que se ha dado en llamar el mercado más grande del mundo. La televisión como medio de información, sólo logró exacerbar la euforia nacionalista de la opinión pública mexicana que se solazó con las transmisiones de representaciones de grupos artísticos y ceremonias protocolarias. Los programas dedicados a los aspectos de la vida en China fueron interesantes, pero no suficientemente completos como para llenar la laguna de conocimiento que la mayoría del público mexicano tiene sobre China. Los efectos del viaje no deben reducirse a la firma de convenios y a los contactos establecidos, sino que la tarea más importante consiste en la necesidad de fomentar en México el estudio de China a todos los niveles: histórico, lingüístico, económico y político; que tenga por resultado la formación de verdaderos especialistas mexicanos en estas cuestiones.

Creemos pertinente llamar la atención sobre ciertas cuestiones en que la ignorancia y la animadversión han mistificado a China. Si la consideramos como un mito, esto se debe al hecho real de que hasta el momento no es posible poseer bases lo suficientemente precisas que permitan conocer objetivamente el estado actual de su desarrollo. Por otro lado, consideramos también que el mito se ha propiciado en virtud de la presencia de una actitud intelectual tendenciosa con que se ha pretendido estudiar a China. El mito de China visto desde ambas perspectivas posee un aspecto negativo y otro positivo. El primero ha sido determinado por el estudio desdeñoso que se ha hecho de la historia china y la peligrosidad que se le ha atribuido al hecho de la existencia de su gran población, que ha conducido a plantear una amenaza demográfica, económica, militar, nuclear y diplomática. El aspecto positivo se presenta para los pueblos de Asia, África y América Latina, donde prevalece la idea de que el poderío de China es el resultado de su revolución, que ha sido considerada como un ejemplo importante entre los movimientos revolucionarios nacionales y los intelectuales progresistas de estos países.¹

En esta ocasión nos limitaremos a revisar algunos aspectos generales relacionados con la historia, la cuestión demográfica, la política exterior y la capacidad comercial de China.

I

El estudio de la historia universal en nuestro país se ha caracterizado por una marcada centralización en el conocimiento de Europa; las referencias que se hacen a otros pueblos son por lo general muy limitadas y el criterio de análisis adoptado contiene en muchos sentidos ideas similares a las desarrolladas por las corrientes idealistas y ahistoricistas surgidas en el siglo xvii que proclamaban la superioridad de la cultura europea y despreciaban todo lo extraño o diferente a ella. La historia de China ha sido menospreciada e ignorada deliberadamente; los cursos que se imparten a nivel universitario contienen muy pocas referencias a la historia antigua de China y la hacen aparecer súbitamente convertida ya en la República Popular. Un hecho de esta naturaleza reafirma la convicción expresada por algunos autores que consideran que la incorporación definitiva de China a la historia universal está determinada por el establecimiento de su sistema marxista-leninista actual.

El mito de la ahistoricidad de China tiene una tradición muy arraigada. Lothar G. Knauth ha estudiado este aspecto con profundidad y nos proporciona, en un artículo publicado en *Excelsior*, una serie de referencias de autores de reconocido prestigio como Voltaire, Hegel y Marx, que coinciden en considerar a la sociedad china como estática, incapaz de poder propiciar cambios y que sólo lograría formar parte de la historia en la medida en que pudiese "some-

¹ Morin, Edgar. *China sin mitos*. Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor, 1971, p. 10.

verse al espíritu europeo". Marx llegó a señalar que "China era un fósil viviente que tenía en común con todas las sociedades asiáticas una herencia estática, combinada con cambios constantes en la esfera de los que controlaban la superestructura".²

Opiniones tan contundentes impidieron que nuestros estudiosos tuvieran una concepción diferente de la historia de China, pero es innegable que, quien pretenda analizar su movimiento revolucionario, precisa situar este acontecimiento bajo el marco de una perspectiva histórica. De ninguna manera puede soslayarse el hecho de que los dirigentes chinos actúan bajo la influencia de una imagen propia y particular que ha sido determinada por su pasado histórico.

La historiografía china puede ser considerada desde varios ángulos: en primer término podemos observar la imagen de la "primera tierra civilizada" cuyas instituciones sirvieron de modelo a otras sociedades asiáticas. Esta influencia fue la tradición confuciana que estableció las bases para el desarrollo de una estructura de gobierno en la que el poder estaba centralizado en el emperador, que gobernaba con el apoyo de una élite burocrática. Este sistema político duró varios siglos y terminó en 1912.

En segundo lugar nos encontramos con la concepción tradicional que los chinos han presentado de su historia basado en la idea del "círculo dinástico" que aparece como el único medio de poder efectuar cambios en las instituciones políticas, el arte, la literatura y las costumbres, cuando el ideal de orden confuciano se encontraba en crisis. La dinastía derrocada era substituida por una nueva que asumía la tarea de superar las dificultades, sin que para ello fuera necesario alterar la estructura básica del sistema imperial.

Desde un tercer ángulo, podemos considerar a la historia de China como una lucha continua por la defensa de su civilización que se encontraba a menudo amenazada por los grupos nómadas del norte y del occidente, que en algunas ocasiones llegaron a conquistarla. Tal fue el caso de la última dinastía que tenía un origen manchú.

Un último aspecto del estudio histórico de China lo encontramos en el choque que tuvo contra las pretensiones imperialistas de Europa.

Vista desde esta perspectiva la historia de China no se ha sucedido de manera inalterada por espacio de miles de años, sino que la estructura del sistema imperial ofrecía los medios para desarrollar el cambio y preservar su unidad frente a las fuerzas externas. Sin embargo, para el siglo XIX, la presencia de una corriente invasora que poseía una tecnología moderna, colocó en entredicho a las instituciones chinas y propició el surgimiento de un movimiento transformador que ya no se va a inspirar en la tradición sino que revestirá características decididamente revolucionarias.

Los orígenes remotos de la revolución china lo constituyen las revueltas

² Knauth, Lothar G. "China: ¿Enigma o Ignorancia?" *Excelsior*, 21 de septiembre de 1971.

campesinas que esporádicamente se levantaron en contra del sistema imperial, pero estrictamente hablando, la revolución china se gestó cien años antes del triunfo de los comunistas chinos. Puede decirse sin ninguna exageración que fueron los ingleses y la “guerra del opio” a principios de 1849, los que propiciaron el inicio de la revolución, entendida ésta como un proceso de cambio en las estructuras políticas, económicas y sociales que paulatinamente fue adquiriendo consistencia. El último eslabón de esta cadena fueron los comunistas que lograron dar cohesión a una organización susceptible de ser adaptada a las condiciones de China, en un momento en que el fracaso de otros dirigentes y organizaciones —Sun Yat-sen, Chian Kai-shek y el Kuomintang— lo hacía inminente; y la invasión japonesa ayudaba a fortalecer la unidad nacional. Con el establecimiento del régimen comunista en China se inicia una nueva época que vino a significar su liberación política y económica, y ha fijado las bases que han permitido su engrandecimiento.

II

Se ha hecho un lugar común señalar la existencia de una gran población china como una de las amenazas que ensombrecen el futuro del mundo (dos mil millones de chinos para el año 2000), argumento utilizado para reafirmar el mito del peligro comunista chino, cuyo antecedente más inmediato es la expresión alarmista del Kaiser Guillermo II de Alemania relativa al “peligro amarillo”. Quienes han sostenido esta opinión consideran que China es la amenaza más grave para la seguridad y la paz internacionales y el rival más enconado dispuesto a disputar el poder mundial a los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Este enfoque aprehensivo ha impedido considerar a China como un miembro de la sociedad internacional con el que se puedan mantener relaciones de cooperación. Las tendencias más generalizadas que han pretendido explicar la peligrosidad china las encontramos enunciadas en el libro de Herman Kahan sobre “El año 2000”. La primera tiende a sobreestimar la efectividad política, militar y económica de la población, como si ésta por sí misma constituyera una fuerza arrolladora desde un punto de vista físico, económico, moral o político en los asuntos internacionales. La segunda parece atribuirle a los chinos una capacidad casi mágica para promover por sí solos la revolución, no sólo en regiones adyacentes o cercanas, sino también en las ubicadas a miles de kilómetros de su territorio. La tercera gira en torno a la suposición de que en China la disciplina es perfecta y por lo tanto, logrará un éxito grandioso en su desarrollo durante los próximos treinta años. La cuarta y última, consiste en imputar a los chinos un grado de irracionalidad tal que haga improbable que las amenazas materiales o militares tengan efectos disuasorios en ellos.

Estos temores son el producto de una actitud maniquea que propiciaron sobre todo los Estados Unidos cuando se percataron que a pesar de sus intentos por desviar el cauce de la revolución china ésta había triunfado. El argumento relativo a que la agresión militar formaba parte de la política china no podía sostenerse seriamente, cuando era evidente que otros Estados estaban llevando a cabo acciones militares fuera de sus fronteras y los Estados Unidos y la Unión Soviética mantenían una carrera armamentista.

La ansiedad llegó a su clímax cuando China hizo explotar su primera bomba, pero este hecho debe verse como una advertencia y no como un intento de utilizarla en contra de sus vecinos. Por el resultado habido hasta el momento, podemos percatarnos claramente que el impacto de la bomba atómica china es más bien psicológico que militar.

Por lo que se refiere a la amenaza económica que la gran población china pudiera significar, nos encontramos con una opinión de Mao Tse-tung que no ve en la población un problema, sino un elemento valioso para la producción. La capacidad económica de China está orientada hacia el beneficio de su pueblo y por consiguiente resultaría absurdo señalar que tiene pretensiones de expansión económica. En este sentido la posibilidad de extender su influencia económica sobre sus vecinos es más remota que la del impacto de su poderío militar.

Finalmente el apoyo que China ha manifestado a los movimientos revolucionarios del mundo, no puede interpretarse como una intensión manifiesta de querer exportar revoluciones, sino que resulta más bien la convicción de la revolución ha significado para China la obtención de la independencia económica y política, que constituye una gran lección para los pueblos oprimidos del mundo.

No obstante, el espectro de la gran población china se mantiene vigente, por lo que no debemos olvidar las consideraciones anteriores en el momento en que tratemos la política exterior y las relaciones comerciales.

III

El papel internacional de China ha sido siempre objeto de incertidumbre y temor. En el pasado se calificaron como crueles y xenófobos sus intentos por liberarse de la opresión extranjera y en el presente se habló continuamente de una China encerrada en sí misma, enemiga acérrima del mundo occidental. De esta manera se pretendió indicar que China no tenía una política exterior y que sus dirigentes eran unos irresponsables, dispuestos a llegar a los peores excesos. En este momento, sin embargo, se ha iniciado una nueva era en las relaciones internacionales, en la que China participa libremente.

Para comprender el alcance del cambio, precisamos de explicar en mayor detalle ciertas cuestiones. A fines del siglo XIX, China fue obligada a entrar en contacto con las potencias imperialistas y su seguidor asiático, el Japón, que

vino a determinar una ruptura de su método tradicional de conducción de las relaciones internacionales con los pueblos que no participaban de la tradición cultural china. La aceptación del sistema de relaciones internacionales de origen europeo, basado en el Derecho Internacional, no fue totalmente aceptado. Los dirigentes chinos consideraron en todo momento que su sistema era superior al europeo por estar basado en la ética y no en la fuerza. Esta convicción los condujo durante todo este tiempo a desarrollar una idea muy propia sobre el papel que China debe jugar en el mundo y han proyectado una imagen ética en su política exterior, que en la opinión de algunos autores, resulta idéntica a la asumida en el pasado.³

En el artículo de John Cranmer-Byng, se señala que los dirigentes chinos como Sun Yat-sen y Chiang Kai-shek, formados bajo los patrones liberales europeos, sostuvieron que China poseía como misión la de convertirse en una nación fuerte, para poder influir en el mundo con su cultura, opinión que ha sido compartida también por los marxistas chinos como Li Ta-chao y Mao Tse-tung; este último considera que China debe servir de ejemplo a la revolución mundial.

Esta concepción que ambas corrientes tienen del papel de China en el mundo, contrastan totalmente con la imagen a menudo difundida de una China enemiga de la paz mundial y debe servirnos de antecedente para un análisis más completo sobre los factores que han determinado la formulación de la política exterior china.

Si abundamos un poco más a este respecto, podemos observar que, en términos generales, los dirigentes chinos le han dado una mayor importancia a la política interna que a la externa; esto se debe fundamentalmente al carácter de la revolución china que busca ante todo el desarrollo global del país. La revolución significó además la liberación de la influencia extranjera que determinó el reencuentro de China con la vieja imagen que había tenido de "país central" y la "adecuó" al momento presente. En consecuencia vuelve a plantear el "aislacionismo" que sirvió de base para la búsqueda dentro de su territorio de un "camino chino" que le permitiera continuar la transformación de su sociedad. Por otro lado, adquiere una vez más la noción de haberse constituido en un "Estado modelo" que ahora emite un mensaje revolucionario, de manera similar a como lo efectuó antaño con su cultura y civilización.⁴

La política exterior china ha estado configurada en primer término por las preocupaciones internas, pero al mismo tiempo se ha visto condicionada

³ Ver: Mancall, Mark. "The Persistence of Tradition in Chinese foreign policy", *Annals of The American Academy of Political and Social Science*, vol. 349, septiembre de 1963, pp. 14-26.

John Cranmer-Byng. "The Chinese View of Their Place in the World: An Historical Perspective, *The China Quarterly*, núm. 53, enero-marzo de 1973.

⁴ Guillermez, Jacques. "Les Facteurs Intérieurs de la Politique Étrangere Chinoise", *La Chine en Asie et dans le Monde*, Études Internationales, Institut Canadien des Affaires Internationales, núm. 1, febrero de 1970, p. 7.

por un contexto internacional que la ha hostilizado desde el principio de su revolución. Desde este ángulo, el aislacionismo chino no es un fenómeno planteado unilateralmente por China, sino que obedece a la vez a una presión que han ejercido los Estados Unidos y el llamado bloque occidental primero y ha continuado la Unión Soviética después. Dentro de este mismo contexto operan también las fuerzas revolucionarias de los países del llamado Tercer Mundo, con los que China reconoce que tiene una gran afinidad y es a ellos a quienes considera que su revolución puede servir de ejemplo.

La imagen que los chinos han tenido del mundo se ha caracterizado por la consideración de una división bipolar en la que se enfrentan las fuerzas revolucionarias y las contrarrevolucionarias. Dentro de este marco, los países de Asia, África y América Latina se encontraban luchando contra los países imperialistas que encabezaban los Estados Unidos. Este esquema resultaba válido hasta hace algún tiempo, pero ahora se han suscitado diferencias que necesariamente alterarán el panorama de la política mundial y afectarán a China. La división bipolar sigue planteada en términos de capacidad militar, pero en el ámbito político se observa una tendencia a la multipolaridad en la que China tendrá forzosamente que participar.

Otro aspecto importante para el estudio de la política exterior china lo constituyen sus intereses nacionales más inmediatos: la seguridad nacional y la unidad territorial.⁵ Con anterioridad hemos mencionado que en el pasado hubo una gran preocupación por la defensa del territorio del imperio, de la cual queda como símbolo la gran muralla. Por lo tanto una vez que China se convirtió en la República Popular, decidió fijar los límites de su territorio tomando en consideración la extensión que había tenido el imperio chino en la antigüedad. Por este motivo ocupó el Tíbet y sostiene que Macao, Hong Kong, Taiwan, las islas Pescadores y otros lugares aledaños, forman parte de su territorio. La amenaza externa no es un hecho infundado; la guerra de Corea y el conflicto de Vietnam son evidencias muy concretas por parte de los Estados Unidos. Por otro lado, la presencia de tropas soviéticas a lo largo de la frontera norte manifiesta otro foco de tensión para China; así como el resurgimiento económico del Japón le ha planteado la posibilidad de que pueda convertirse en una amenaza militar en el futuro.

Todos estos factores se han combinado para normar la política exterior de China cuyo desarrollo ha atravesado por cuatro etapas: la primera se inicia en 1949 y concluye con la participación de China en la guerra de Corea; la segunda cubre una época dominada por el llamado "espíritu de Bandung"; la tercera se inició en los años sesenta, periodo que fue calificado de aislacionismo beligerante y termina con la Revolución Cultural; este último fenómeno estableció las bases para la transformación de la posición internacional de China que entra en una nueva era en la que ha puesto en práctica los mecanismos

⁵ Hinton, Harold C. *La China comunista en la política mundial*, México, UTEHA, 1966.

diplomáticos tradicionales que han propiciado su acercamiento con la mayor parte de los miembros de la sociedad internacional, incluidos algunos de América Latina, que con excepción de Cuba, jamás habían tenido contactos oficiales con la República Popular China.

La primera etapa se caracterizó por la dependencia militar y económica de China hacia la Unión Soviética. Sus contactos con los otros Estados vecinos fue muy limitado debido a que la joven República no tenía experiencia diplomática y mostró una inflexibilidad ideológica respecto a las nuevas naciones que surgían a la independencia, a quienes consideraba como simples lacayos del imperialismo por haber seguido una vía distinta a la de Mao Tse-tung. Por otro lado, China se vio bloqueada una vez que decidió participar en la guerra de Corea y las Naciones Unidas la declararon agresora.

Estos primeros fracasos diplomáticos tuvieron necesariamente que buscar un camino más positivo iniciado en la segunda etapa, al convertirse China en un país física y psicológicamente capaz de llevar a cabo una política exterior independiente. Ésta se manifestó a partir de la Conferencia de Bandung, en la que acabó de configurarse el concepto de la coexistencia pacífica; y cuando obtuvo cierto reconocimiento con su participación en las Conferencias de Ginebra de 1954. Toda esta actividad diplomática se tradujo en el aumento de su prestigio sobre el Tercer Mundo.

Pero este periodo de concordia fue efímero. En 1962 China entró en conflicto con la India, país con el que había firmado el primer tratado en base a la coexistencia pacífica, hecho que presentó a la India como una víctima de la agresión china y contribuyó a configurar la imagen de ser un país belicoso, expansionista y chovinista.⁶ Junto con el deterioro de su imagen pacifista se empezaron a agudizar sus disensiones ideológicas con la URSS, y los Estados Unidos aumentaron sus presiones con la guerra de Vietnam. Con posterioridad surge un movimiento interno, la Revolución Cultural, como una reacción contra la tendencia manifiesta a la dominación de las masas trabajadoras por parte de un aparato burocrático que se había tornado conservador e ineficaz, al final de la cual surgen nuevas bases que configuran la cuarta etapa.

Después de la Revolución Cultural se planteó la necesidad de buscar un mejoramiento en las relaciones exteriores. La política dogmática y cerrada del pasado tendía a abrirse, dada la magnitud de la amenaza soviética, y este camino sólo podía conducir a la normalización de sus relaciones con los Estados Unidos. La visita de Nixon marcó el inicio de una nueva época que ha permitido el establecimiento de relaciones con más de ochenta países, entre los que se encuentran Japón, Alemania Occidental y los gobiernos que representan las nuevas corrientes nacionalistas en América Latina.

El factor determinante de esta nueva situación ha sido de orden estratégico; China necesitaba equilibrar sus fuerzas en relación con la URSS, que hacía inevitable su acercamiento con los Estados Unidos. Sin embargo, pese al éxito

⁶ Maxwell, Neville. *India's China War*, Londres, Penguin Books, 1972.

de sus primeros pasos, la política exterior que China debe aplicar aún precisa de ajustes en su formulación, y ésta dependerá del desarrollo inmediato que tengan los factores externos que la propiciaron y de la habilidad de China para hacer coherente su actuación diplomática con su línea política revolucionaria.

Sin temor a exagerar, podemos decir que el cambio de actitud de los Estados Unidos hacia China sirvió para persuadir a una serie de gobiernos a intentar por su lado acercarse a China. Este movimiento diplomático se ha desarrollado acompañado de una "fiebre de oro" que poseen quienes consideran que se podrían obtener fabulosas ganancias si ochocientos millones de chinos compraran un cepillo de dientes o un par de zapatos al año. Tal opinión se parece en mucho a la que tuvieron los ingleses en el siglo pasado cuando quisieron vender pianos y cubiertos metálicos a los chinos, sin tomar en cuenta para nada la falta de demanda para tales artículos. Más aún, les llevó varios años percatarse de que las telas inglesas no se podían vender en China porque ahí se fabricaba una tela de mejor calidad, y debido a lo rudimentario de su fabricación resultaban más baratas.

La parábola del mercado chino tiene aún vigencia en nuestros días debido a la ignorancia que se tiene del estado de la balanza comercial china. Entre los datos que mejor se pueden obtener de China se encuentran las estadísticas de su comercio, que han sido proporcionadas por los países que comercian con China.⁷

El análisis de tales cifras nos permite observar que el monto total del comercio chino es muy bajo, si tomamos en cuenta que se trata de un país con ochocientos millones de habitantes cuyo producto nacional bruto es de cerca de cien mil millones de dólares. El total del comercio de China en 1968, fue de cuatro mil millones de dólares, suma que resulta irrisoria si la comparamos con el total que en ese mismo año tuvieron países como Japón (veinticinco mil millones); los Estados Unidos (sesenta y ocho mil millones); e incluso con el total del comercio de Taiwan —país con 13 millones de habitantes— que tuvo un total de mil cuatrocientos, es decir un tercio del total de China.

Más adelante podemos ver que el comercio chino ha crecido modestamente, a un ritmo similar al del resto de los países subdesarrollados. Durante los primeros años de la República Popular China tuvo un auge en el incremento en sus importaciones y exportaciones que decayó durante los años sesenta, habiendo sólo una ligera alza en 1966, para volver a descender durante 1967-68 y recobrase de nuevo en 1970.

El comercio de los últimos años ha tratado de mantener un equilibrio entre las importaciones y las exportaciones. La distribución de estos productos ha variado a través del tiempo. En 1950 China compraba particularmente maquinaria y petróleo que le eran necesarios para su programa de desarrollo

⁷ La mayor parte de la información aquí presentada proviene del artículo de Dwight H. Perkins. "Is there a Chinese Market?" *Foreign Policy*, núm. 5, diciembre de 1971.

de la industria pesada. En 1960, la maquinaria pasó a segundo término y el petróleo provenía de fuentes internas. Estos productos fueron reemplazados por grandes cantidades de trigo y fertilizantes químicos. China por su parte, exportó durante los años cincuenta frijol de soya, minerales y otros productos alimenticios. Para 1960 exportaba además textiles y ropa.

El destino del comercio en China ha variado también. De 1950 a 1960, la mayor parte de las relaciones económicas de China fueron con la URSS y Europa Oriental. Al suspenderse en 1960 la ayuda soviética, éstas decrecieron; el comercio entre China y la URSS, que en 1959 representaba un 48% del volumen total, descendió en 1966 al 8% y para 1967 tenía apenas un 3%. Los primeros que se beneficiaron con este cambio fueron Australia, Canadá y Francia a quienes compró trigo durante una época de malas cosechas, y después a partir de 1963 comenzaron a exportar otros productos manufacturados. En este último año el Japón se convirtió en el principal abastecedor de China. En 1970 las exportaciones japonesas constituyeron el 26% del volumen total de las importaciones chinas. Alemania Occidental exportó a China en ese mismo año un total de 254 millones de dólares en productos industriales, cifra menor a la del Japón, que exportó 823 millones. Inglaterra exportó 188 millones y Francia 151 millones.

Mientras en 1950 el comercio de China con la URSS y Europa Oriental se mantuvo balanceado debido a que era financiado por créditos a largo plazo, el comercio chino con Europa Occidental, Japón, Australia y Canadá, se ha estado operando con una balanza favorable a estos países. China ha tratado de cubrir este déficit con la colocación de algunos de sus excedentes en los mercados de Hong Kong, Malasia y Singapur.

La explicación a este bajo volumen del comercio chino, sus fluctuaciones y cambios en su distribución, radica en el hecho de que China es un país muy grande tanto en territorio como en población y producto nacional bruto, por lo que no puede depender del comercio exterior de la misma manera en que lo hacen los Estados pequeños. Por otro lado, debe considerarse también que China posee un sistema de economía planificada y la política gubernamental tiende a reducir la dependencia del país de las fuentes de abastecimiento externo. China sólo importa los productos que estima estrictamente necesarios y trata de exportar sus excedentes de productos agrícolas; té, frijol de soya; algunos minerales como tungsteno y manufacturas de industria ligera, que tienen demanda en el mercado del Sureste de Asia.

Vista de una manera muy general la situación de la balanza comercial china, resulta difícil prever que pueda aumentar el volumen de su comercio, ya que los productos que requiere se los proporciona fundamentalmente: Alemania Occidental, Francia, Inglaterra y, en mayor medida, el Japón. Ni siquiera los Estados Unidos tienen la posibilidad de exportar a China, pues no obstante la demanda de maquinaria y productos químicos, su importación varía según una escala de prioridad que determina la capacidad de producción interna; y sólo podría penetrar en un renglón de productos donde la superio-

ridad tecnológica de los Estados Unidos es notable: la fabricación de aviones jet y las computadoras.

Por lo que toca a las exportaciones, China exporta productos agrícolas y maquinaria ligera, por lo tanto, resulta evidente que la capacidad comercial de China se encuentra a un nivel sumamente inferior que no permite comparación alguna con la de los países industrializados de Europa Occidental, Canadá y Japón.

No obstante, la conclusión anterior no es categórica; en última instancia, el incremento comercial dependerá exclusivamente de China. Es innegable que con el nuevo rumbo que han tomado sus relaciones diplomáticas existe la posibilidad de efectuar un mayor intercambio, como ha sucedido en el caso concreto de México, que recientemente ha firmado un convenio comercial con China sobre bases de beneficio mutuo, lo que permitirá incrementar el comercio. La firma del convenio reviste importancia porque abre la puerta del mercado chino, pero de ninguna manera constituye un testimonio que pueda predecir el aumento del intercambio en el futuro. Si tomamos en cuenta que durante los diez años que tiene la historia del comercio entre México y China —se inició de manera extraoficial en 1963— lo único que se ha logrado vender ha sido algodón y trigo, además de otros productos en cantidades menores,⁸ las probabilidades de llevar a cabo un gran comercio son todavía limitadas.

⁸ Ginsburgs, George y Arthur Stahnke. "Communist China's Trade Relation with Latin America", *Asian Survey*, núm. 9, septiembre de 1970, pp. 810-12.